

Elecciones en Chile: victoria histórica de Gabriel Boric y los movimientos sociales progresistas

Por Mina Baginová

El presente artículo fue publicado el 4 de enero de 2022 en *Alarm*, periódico digital fundado y animado por jóvenes de izquierda de la República Checa. Se reproduce con la anuencia de su Redacción.

Mina Baginová es una antropóloga social checa. Cursó estudios en la Universidad Carolina de Praga y en el University College, adscrito a la Universidad de Londres, especializándose en movimientos sociales, particularmente de América Latina. En 2015 viajó a Chile con el fin de reunir material para una investigación sobre el movimiento estudiantil chileno, por lo que fue testigo presencial de la situación económica y política del país trasandino en aquel momento.

Cuando en 2015 estuve en Santiago de Chile, ocupada en un trabajo de investigación sobre el movimiento social estudiantil, este daba la impresión de agotamiento, era apenas una sombra de la fuerza demostrada en 2011, cuando estaba al frente de las mayores acciones de protesta social desde el fin de la dictadura en 1990. Por entonces conversé largamente con Camila Vallejo, Gabriel Boric y Giorgio Jackson, representantes de varias secciones de la *Confederación de Estudiantes de Chile* (CONFECH). Ese año, los tres dirigentes mencionados estaban atravesando un momento duro, por haber aceptado la oferta de la presidente Michelle Bachelet, a fin de integrar el Parlamento como medio para lograr la consolidación de las reivindicaciones estudiantiles.

Sucedió que los exmanifestantes, fatigados y desilusionados por la política parlamentaria (además de ser objeto de duras críticas, tanto provenientes de la militancia izquierdista, debido a que habían aceptado la cooptación en el sistema político, como de la derecha), buscaban por entonces un camino propio, aun cuando en el Congreso (Parlamento chileno) representaban opciones diversas del espectro político. El 19 de diciembre último, Gabriel Boric, postulado por la coalición de partidos de izquierda y movimientos sociales denominada "*Apruebo Dignidad*", ganó la elección presidencial como el candidato más joven en la historia chilena, con un cociente histórico de 55,9% de los votos.

El proceso democrático tras la dictadura

No es posible comprender la victoria de Gabriel Boric si no se encuadra en el contexto más amplio, que duró décadas, de las luchas sociales contra la herencia de la dictadura de Pinochet y su política basada en la aplicación de la doctrina

neoliberal mediante *shocks* económicos y, en especial, el papel histórico que en las acciones tuvo el movimiento social estudiantil, del que surgieron Boric y la coalición Apruebo Dignidad.

La ola masiva de protestas populares que tuvo lugar entre 1983 y 1986 dio lugar a un proceso de negociación entre la dictadura, representantes de la oposición moderada, la iglesia católica y las grandes compañías, con participación de los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido. Las conversaciones condujeron a un punto de inflexión que abrió camino a un proceso de transición mediante reformas democráticas, con el objeto de evitar un levantamiento de masas que apoyarían los sectores de la izquierda radical.

Por consiguiente, la dictadura no fue derrocada, sino sustituida paulatinamente por un sistema de gobierno denominado de “*democracia protegida*”, a cargo de la coalición llamada “Concertación de Partidos por la Democracia” (CPD), en funciones entre 1988 y 2009, que conservó los modelos sociales, económicos y políticos típicos del período dictatorial, inscritos por el régimen de Pinochet en la Constitución de 1980. De tal suerte, la dictadura como sistema pudo seguir imponiendo sus objetivos políticos y económicos aun después de haber terminado oficialmente y pese a haberse debilitado considerablemente, en los primeros años de transformación, debido al ímpetu de la lucha social. El sistema político chileno siguió siendo regido por la Constitución de 1980, en particular mediante el sistema de elecciones doble, que permitía a la minoría conservadora, en los veinte años de convivencia con la CPD, hacer uso del derecho de veto, limitando así los esfuerzos tendientes a profundizar las reformas democráticas.

En consecuencia, la transformación democrática de Chile estuvo acompañada de grandes concesiones en favor de los representantes de la dictadura. Se facilitó así la supervivencia de las instituciones establecidas por el régimen militar, así como su modelo económico neoliberal, junto con el mantenimiento del *statu quo* a la hora de plantearse transformaciones democráticas más profundas. Otro factor que explicó esta inercia institucional fue la vigencia del Código Laboral en virtud de la Constitución de 1980, que de hecho restaba eficacia a las protestas de los trabajadores y sus sindicatos. Estos factores frenaron durante mucho tiempo las expresiones de protesta social y la lucha reivindicativa.

El legado del movimiento social estudiantil

En lo que respecta a la educación universitaria, en los años 80 el régimen militar estimuló el surgimiento de innumerables centros de estudio privados, mientras que las escuelas estatales se fragmentaron en universidades regionales diseminadas por todo el país. El efecto más nocivo de esta política fue la creación de un sistema de autofinanciación de las universidades estatales mediante el pago de matrículas, lo cual estimuló la competencia entre las instituciones estatales y privadas en busca de estudiantes con mejores calificaciones. En el caso de la enseñanza primaria y secundaria, la dictadura instauró su municipalización, de modo que, en lugar de depender de un solo centro rector, el Ministerio de Educación, pasaron a responder por su actuación ante los municipios, lo cual se tradujo en notorias diferencias de calidad de la enseñanza impartida. Resultado de ello es que la calidad esté en

función de los medios de los que dispone el municipio en cuestión. Por otra parte, el establecimiento de escuelas privadas subsidiadas, en la década de 1980, facilitó el dominio de la enseñanza por la base empresarial, motivada por los subsidios del Estado.

A partir de 1997, la continuidad del modelo educativo neoliberal, basado en las leyes del mercado, dio lugar, durante los diversos gobiernos que se sucedieron al término de la dictadura, a varias rebeliones de estudiantes de secundaria y universitarios. Ha de saberse que los estudiantes chilenos tienen viejas tradiciones de participación en los procesos democráticos en las universidades y escuelas secundarias de todo el país, desde mucho antes del golpe militar de 1973. Bajo Pinochet, el estudiantado fue objeto de una feroz represión, a la vez que jugó un papel decisivo en la resistencia a la dictadura. Tras el mutis oficial del régimen militar en 1990, el movimiento estudiantil prosiguió las movilizaciones en respuesta a las serias insuficiencias que demostraba la transformación democrática, criticando a la vez su inconsecuencia y su esencia errónea. En 2006, una parte de esta insatisfacción halló materialización en la llamada “*revolución de los pingüinos*”, en que millones de estudiantes de secundaria, portando sus uniformes, se movilaron contra la herencia pinochetista del sistema de enseñanza basado en el neoliberalismo a ultranza y en la profunda desigualdad social reinante en el país, creando así un precedente para los años ulteriores de protestas estudiantiles.

En 2011, la CONFECH, con Boric, Vallejo y Jackson al frente, llamó a manifestar en Santiago, dando inicio así a la mayor movilización estudiantil desde el fin de la dictadura. Al principio, los estudiantes se limitaron a protestar contra los atrasos en los pagos para financiar las becas y contra el nuevo embargo de descuentos estudiantiles en el transporte público. No obstante, rápidamente pasaron a cuestionar en general el modelo económico vigente. Procedieron a ocupar los centros de estudio y a organizar concentraciones y marchas en todo el país y por espacio de varios meses. Los jóvenes voceaban y blandían carteles pidiendo una reforma radical del sistema educativo. Este movimiento alcanzó una fuerza y unas proporciones que Chile no recordaba desde el tránsito a la democracia. Estas acciones lograron mayor amplitud con la inclusión de grupos que luchaban contra los proyectos faraónicos de centrales hidroeléctricas, las marchas por los derechos de las minorías en materia de hábitos sexuales, la huelga de los mineros, que tanto afectó a las minas privadas como a las del sector estatal, así como las acciones contra la privatización de las uniones de pescadores y en apoyo a la huelga general de trabajadores portuarios y, finalmente, la lucha permanente de los mapuches autóctonos por la recuperación de sus tierras y la autonomía política.

Aunque no todas las reivindicaciones planteadas se lograron, las acciones de 2011 demostraron el inmenso poder de movilización que tenía la recuperación de un programa político económico y social. Y lo que tal vez es aún más importante, consiguieron politizar nuevamente a la sociedad chilena y revivir las luchas sociales y de resistencia política. El movimiento estudiantil de 2011 consiguió hacer revitalizar la estrategia de cuestionamiento del *statu quo* impuesto desde arriba bajo la hegemonía ideológica del neoliberalismo, principal bandera de la dictadura de Pinochet.

El levantamiento de 2019 y la lucha por una nueva Constitución

Durante dos decenios, el movimiento estudiantil insistió en la necesidad de reformar la Constitución impuesta por Pinochet en 1980, cuyos rasgos autoritarios no se modificaron ni siquiera al instaurarse un régimen democrático. Surgió entonces la reivindicación de una Constitución democrática, que plasmara los derechos sociales a la educación, la salud y la seguridad social. La Constitución pinochetista de 1980 definió para Chile un sistema político y económico que, hasta hoy, restringe la democracia. Protege el sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la iniciativa individual como motor de la economía. Una consecuencia de esta concepción neoliberal ha sido la privatización de la enseñanza, la salud pública y las pensiones.

La desigualdad socioeconómica que se percibe en Chile, país que suele presentarse como “*oasis de América Latina*”, es apabullante. Según un estudio del *Laboratorio sobre Desigualdad Mundial*, dependiente de la Escuela de Economía de la Universidad de París, el 1% de la población, que representa a los más ricos del país, posee la mitad de la riqueza nacional, mientras que el patrimonio del 50% más pobre es nulo. El levantamiento social producido en 2019 fue hasta ahora la última manifestación de la lucha por un nuevo Chile, uniendo la clara exigencia de acabar con el régimen neoliberal con la necesidad de elaborar y adoptar una nueva Constitución.

El aparato jurídico de la Constitución en vigor otorga al Congreso la prerrogativa de rechazar toda política de educación pública que juzgue inconstitucional. En sus últimas consecuencias, el texto constitucional se considera el documento más importante dejado por la dictadura de Pinochet a Chile; en virtud del mismo, los partidos de izquierda se marginalizan y las reivindicaciones sociales se criminalizan. Además, la Constitución sirvió para mantener a Pinochet en el cargo de Presidente incluso después de volver a la democracia en 1990, lo que alimenta las dudas sobre la legitimidad de toda la transición democrática en su conjunto. No fue posible modificar la Constitución porque las facultades decisivas al más alto nivel se concentraron en las bancadas de derecha y extrema derecha en el Parlamento. Las mayores organizaciones estudiantiles universitarias, dirigidas por Boric y Vallejo, unieron por ello sus fuerzas con otros sectores militantes y, en 2011, acordaron lanzar el objetivo de una *Convención Constituyente* como el instrumento idóneo destinado a cambiar la política del Estado.

No obstante, solo los disturbios sociales de 2019 y su precio de represión policial brutal, consiguieron dicho objetivo reformador, al convenir, varias fuerzas políticas, la convocación de un referéndum constitucional. Esto permitió a los chilenos redactar un proyecto de nueva Constitución, junto con el mecanismo apropiado destinado a asegurar su redacción. Lamentablemente la pandemia, que llegó apenas unos meses después, retardó el proceso democrático, acentuando al mismo tiempo la desigualdad enraizada en el país. Finalmente, la alternativa de referéndum constitucional triunfó con el 78% de los votos. Así, se abrió el camino para la elección de los 155 miembros de la Convención Constituyente. Como primera medida, se reservaron 17 puestos a representantes de la población autóctona; en

segundo lugar, se implantó la paridad de géneros, al disponer que el número de hombres y mujeres no podía en ningún caso superar el límite del 55% del total de convencionales. Por otra parte, cabe decir que un alto porcentaje de miembros electos proviene precisamente de los movimientos feministas y ambientalistas.

La victoria de Boric, un desafío histórico

Los decenios de lucha culminaron con la victoria de Gabriel Boric en la contienda presidencial de fines de 2021. El resultado no era seguro hasta efectuarse el escrutinio de la segunda vuelta. La izquierda chilena representada en el Congreso, en el que hasta entonces era casi imposible lograr la adopción de medidas de inspiración socialdemócrata, hacía tiempo que languidecía y se había ganado la fama de que no era capaz de integrarse a las luchas sociales. La energía de la que carecía, se la dio finalmente el referéndum por una nueva Constitución, que abrió el camino a la renovación de la agenda social. No obstante, el candidato de extrema derecha José Antonio Kast, admirador de Augusto Pinochet, ganó la primera vuelta con 27,01% de los votos, frente a Gabriel Boric con 25,83%. El programa político de Kast era muy simple y recordaba a políticos del estilo del brasileño Jair Bolsonaro: el retorno al régimen de derecha y el orden público, así como una demagogia marcadamente antiinmigrante.

En primer lugar, sobre el tapete estaba el conflicto histórico entre la población autóctona y el Gobierno, en torno al territorio de Araucanía. En el curso de 2021, eran usuales las noticias sobre actos de violencia, así como asesinatos y detención de varios líderes indígenas. Estaba también la crisis inmigratoria, que se traduce en el ingreso masivo a Chile de refugiados de Colombia, Venezuela y Haití. Por último, Kast también supo ganarse a los que se oponen al aborto y los seguidores del movimiento evangelista. Dicho de otro modo, Kast, ayudado por los medios de comunicación dominantes, infundía el pánico moral y el miedo a los “terroristas”, los “comunistas” y los “inmigrantes”.

Imaginarse a Kast como próximo presidente de Chile era para el conjunto del movimiento social progresista algo absolutamente inaceptable. En la segunda vuelta, sobre todo, unieron sus fuerzas el movimiento feminista, los ambientalistas, así como los sindicatos, en una campaña radicada en la base. El resultado fue impresionante: la mayor participación electoral desde el fin de la dictadura, incluidas las capas sociales que, por lo general, no van a votar. En los compromisos de coalición poselectoral de Boric figura la continuidad del proceso de reforma constitucional, que ha de ser radical, transformadora e innovadora. Se abre así la vía para nuevos mecanismos de participación. El proceso de elaboración de la nueva Constitución incluye también, entre otras cosas, los objetivos del movimiento feminista, en primer lugar, la adopción de medidas legislativas que aseguren el derecho de reproducción, como también los derechos específicos de la comunidad LGBT, así como la participación activa de la comunidad mapuche y la restauración de sus territorios naturales.

La posición de Gabriel Boric no es nada envidiable. En el discurso pronunciado cuando ya se conocían los resultados, declaró que, si Chile había sido la “cuna experimental” del neoliberalismo, sería también su tumba. Propender a semejante

objetivo chocará necesariamente con una gran resistencia, no solo en el propio Chile, sino también a escala mundial, sobre todo de parte de los inversionistas neoliberales. También debe resaltarse que Boric no será la única figura, ni siquiera la principal, de dicho proceso. Ciertamente, su triunfo electoral simboliza la aparición de una nueva esperanza, tras dos décadas de intensas movilizaciones sociales, a través de la movilización de una amplia gama de tendencias en lucha por la transformación democrática y el derecho a una vida digna.

Las elecciones en Chile suelen ser momentos muy polarizantes y sumamente emotivos. Es usual que las familias que perdieron a un ser querido durante la dictadura aprovechen el acto electoral para reunirse y avivar el recuerdo de los torturados, asesinados o desaparecidos sin dejar rastro. El pasado diciembre fue la primera vez en veinte años que pudieron, además de llorar su dolor, lanzar un suspiro de esperanza, en el entendido de que un Chile distinto es, finalmente y pese a todo, posible.

Original: "[Volby v Chile: historické vítězství Gabriela Borice a progresivních sociálních hnutí](#)", por Mina Baginova. *Alarm*, Praga, Rep. Checa, 04.01.2022. (Traducido del checo por Luis C. Turiansky).